Arzobispo
Ricardo Blázquez Pérez

Entrevista

25º Aniversario
de la consagración episcopal
de D. Ricardo Blázquez

25º Aniversario de la consagración episcopal de D. Ricardo Blázquez

16 de septiembre de 2013

(Entrevista concedida a María José Atienza para la Agencia SIC)

P. *Recientemente ha cumplido sus Bodas de plata episcopales. Si tuviera que hacer memoria conjunta de estos 25 años, ¿cómo resumiría este cuarto de siglo de servicio episcopal?*

Fui ordenado obispo el 29-5-1988 en la Catedral de Santiago de Compostela; presidió la celebración Mons. Rouco Varela, arzobispo de Santiago entonces. Allí estuve como obispo auxiliar durante 4 años. Después fui a Palencia para sustituir a Mons. Nicolás Castellanos, y tres años más tarde a Bilbao, donde estuve casi 15 años. Finalmente, hace tres años comencé mi ministerio episcopal en Valladolid, adonde llegué la víspera de la beatificación del padre Bernardo de Hoyos.

De cada una de las diócesis donde he estado tengo recuerdos gratos e importantes; como escribió Romano Guardini, «*la gratitud es el perfume de la memoria del corazón*». Desde el punto de vista personal,

En este punto, me gustaría recordar un episodio que no se conoce mucho y que agradecí: la visita que me hizo Mons. Setién para ver cómo estaba.

P. *El Año de la fe ha coincidido con este 25º Aniversario, y usted ejerce su ministerio episcopal en Valladolid. ¿Cómo están viviendo este Año a nivel diocesano?*

Con motivo del Año de la fe, el 8-9-2012 publiqué... no sé si podría denominarlo una Carta Pastoral; más bien, un conjunto de reflexiones sobre la fe, la transmisión del Evangelio, la vida de la Iglesia... también descendiendo a la situación de las crisis, personales y sociales.

Además, durante este año, he publicado en la revista diocesana una serie de comentarios en torno al Símbolo de los Apóstoles. Son, más o menos, unas veinte intervenciones que, apoyadas en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, presentan diversos aspectos espirituales, pastorales y de fe. Aún quedan algunos por publicar, y pronto aparecerán en la BAC.

En la Diócesis, recuerdo con especial gratitud la Semana de la fe que hemos celebrado, que incluía celebraciones y encuentros de diversa índole: con jóvenes, con matrimonios, con personas de vida consagrada... De estos encuentros, me sorprendió y emocionó especialmente la gratitud de las personas de vida consagrada; fue un encuentro muy bueno, en el que nos hablamos ”de corazón a corazón” los miembros de las comunidades religiosas y el Obispo diocesano.

Pienso que ha sido un acierto que los cincuenta años desde el comienzo del Concilio Vaticano II se hayan celebrado en clave de renovación de la fe. Necesitamos recuperar la alegría de la fe y el entusiasmo por transmitirla; creo que ahí está una de nuestras enfermedades especiales de hoy: la falta de vitalidad de la fe y de la alegría por transmitir la fe. Por eso, el Año de la fe acude a curar una enfermedad de fondo.

P. *Valladolid es una de las diócesis que participan en una de las muestras más importantes de la cultura española: Las Edades del Hombre. Una exposición que, año tras año, muestra grandes piezas de arte sacro. ¿Cómo ayudan estas exposiciones a esa transmisión y salvaguarda de la fe?*

Estoy convencido de que Las Edades del Hombre son un acontecimiento religioso cultural de primera

P. *Usted ha desempeñado diversas labores en la Conferencia Episcopal Española desde hace muchos años: en la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, en la Comisión de Liturgia y Ecumenismo, luego como presidente de la Conferencia y actualmente como vicepresidente de ella. ¿Cómo definiría el trabajo de las conferencias episcopales? ¿Qué suponen en el contexto actual de la Iglesia?*

La creación de las conferencias episcopales fue, sin duda, un acierto importante del Concilio Vaticano II. Creo que es muy importante y revelador que el Concilio, en el decreto *Christus Dominus* sobre el ministerio de los obispos, mandara que se erigieran las conferencias episcopales. Pensemos en cómo sería nuestra labor actual, con la complejidad de los problemas a los que nos enfrentamos, sin el refuerzo enorme de la Conferencia Episcopal.

Todos recibimos de ella una gran ayuda, y, en este punto, teniendo en cuenta los decenios que ya nos separan del nacimiento de la Conferencia Episcopal Española, eso es un motivo de agradecimiento para los obispos españoles.

P. *¿Qué recuerda de sus años como miembro y presidente de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe?*

Fui miembro de la comisión desde 1988, y en 1993 sucedí a Mons. Antonio Palenzuela Velázquez como presidente, un cargo en el que estuve tres trienios. Durante este tiempo, el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe era el cardenal Ratzinger.

De estos años puedo decir que quedé muy contento con el trabajo realizado. De manera constante, leal y también dialogante, se prepararon documentos importantes para la vida de la Iglesia en España. Especialmente notables fueron un documento sobre Dios que fue votado por unanimidad, otro sobre la esperanza en la vida eterna, otro sobre la memoria creyente del siglo XX...

La relación con la Congregación para la Doctrina de la Fe era muy buena. Tengo muchos motivos de gratitud hacia la relación con el entonces cardenal Ratzinger. Quería que las tareas se tomaran en serio y lo transmitía a sus colaboradores, y antes de decidir siempre preguntaba: ”¿Pueden ustedes hacer esto? ¿Desean mejor que lo estudiemos en Roma...?”. Es una persona con una sencillez admirable en su

estudiadas atentamente por la comisión que él presidía; los estudiaban y daban cuenta de cómo se habían desarrollado esos modos y de su pertinencia o no.

Esta seriedad ante las aportaciones y la firme y clara dirección de la comisión dieron lugar a que, al terminar los trabajos de la Conferencia, los documentos estuviesen prácticamente listos para ser aprobados. Fue una experiencia interesante.

Una vez elegido papa, lo que está haciendo me confirma esas impresiones que ya tenía previamente de él: su libertad de espíritu, su amor a la verdad cristiana, y el acento que pone en la transmisión del Evangelio a través del amor a los débiles.

También es importante destacar la valentía con la que está afrontando retos que la Iglesia ya había manifestado antes del cónclave. Es expeditivo: afronta los problemas con una enorme decisión, y una vez que en la oración y con el asesoramiento de muchas personas ve qué es necesario realizar, lo ejecuta.

El papa es un don para la Iglesia y para la humanidad, también los no creyentes. Nosotros hemos de ayudarle y pedir en nuestra oración por él; necesitamos su ministerio y su trabajo.